

## Recepción del Concilio Vaticano II en Uruguay

### y perspectivas de futuro

Antes que nada, quisiera agradecer a todos los compañeros y compañeras de Amerindia Uruguay que pacientemente han escuchado mis divagadas reflexiones y han leído mis propuestas aportando datos, puntos de vista diferentes e interesantes reflexiones, que me permiten hoy presentarme ante ustedes con algo más o menos coherente. Muchas gracias.

#### *Para entendernos: dos grandes períodos en el post-Concilio*

Sólo para ordenar un poco mi ponencia, señalaré -sin pretensión de marcar algo novedoso, ya lo dijeron muchos antes de mí- dos grandes períodos en estos años post-conciliares: uno que va desde el Concilio hasta los años '80 u '85 dependiendo de las diferentes áreas de la Iglesia a la que miremos y de las diferentes diócesis; el otro período es desde ese momento hasta la actualidad.

Ciertamente que en cada una de las etapas señaladas podrían establecerse muchos matices, pero estos dos períodos son fácilmente reconocibles en todo el Uruguay y, me animo a decir, que pueden también notarse en otras experiencias latinoamericanas.

El paso de una etapa a otra viene dado por múltiples factores. Quiero destacar el de la línea de centralización que se elige desde la Santa Sede, señalada por una especie de «obsesión por lo doctrinal». Se puede señalar la *Conferencia de Puebla* como el comienzo en América Latina de esta preocupación por lo doctrinal que llegará a su máxima expresión en *Santo Domingo*. Y marco como ejemplo sólo dos lugares «estratégicos» clásicos en la gestión de la Iglesia (reconociendo honrosas excepciones y sin querer generalizar): *los Seminarios* (y la formación de los sacerdotes en general) y *el perfil de obispos* elegidos que es a ojos vistas diferente al del período anterior, el de Pablo VI. Uruguay en esto no es la excepción, aunque considerando que en mi tierra los cambios siempre parecen llegar un poco más tarde.

Creo que en el primer período, algunas opciones pastorales fueron tan claras y estaban tan establecidas en Uruguay, que en buena parte del segundo período vivimos una especie de «inercia» que nos permitió continuar. Pero en realidad se iba poco a poco vaciando de contenido las estructuras pastorales quedando en muchos casos como resultado final la sola forma de la estructura, incapaz de sostenerse por sí misma.

En mi reflexión intentaré rápidamente mostrar esas opciones que a mi juicio fueron el eje del cambio conciliar y luego, en un segunda momento, quiero dejar ver cómo no es posible la pretensión de retorno restauracionista y cómo este tiempo diferente que estamos viviendo nos permite visibilizar mejor lo esencial

del Concilio que todavía sigue abriéndose espacio entre nosotros, y vislumbrar algunas características tal vez de una nueva etapa, una tercera, que está viniendo todavía (pero que en algunas cosas podemos estar ya viviendo).

Para finalizar este preámbulo, quiero aclarar que aunque se me ha pedido hablar del Uruguay, he decidido presentar el proceso de recepción dado en mi diócesis, Montevideo. Esto porque es mejor hablar de lo que he estudiado con detenimiento, además de ser por mí conocido y vivido, a la vez que no conozco ni viví tan de cerca lo de otras diócesis del país. Igual es necesario decir que Uruguay es un país pequeño que, aunque tiene algunas diferencias entre las regiones que lo conforman, ellas no son tan marcadas como para señalar procesos tan distintos que justifiquen en esta breve ponencia un desglose detallado. Uruguay, al decir de nuestro Galeano, es «el país de los abrazos», por lo cercano que todo nos resulta.

### ***1. Una palabra acerca del Uruguay***

Antes de comenzar a hablar de la recepción del Concilio, me permito algunas ágiles pinceladas acerca de la cultura laicista de raíz iluminista-masónica de gran influencia en Uruguay desde principios de siglo, que convierten a mi país en una excepción en «el continente católico». Característica que también configura nuestro talante como comunidad eclesial, sobre todo en lo referido a la relación Iglesia-Estado, Iglesia-sociedad e Iglesia-cultura, en el modo en que se comprenden y ponen en práctica algunas opciones pastorales, en las acentuaciones en el modo de leer el Concilio en estas tierras en los diferentes períodos que pueden distinguirse en estos casi 50 años y, por último, en el modo en que entendemos las relaciones *internas* en la comunidad eclesial (sobre todo en lo referido a la relación jerarquía - laicado).

A principios del siglo XX, el Estado uruguayo se define, en la reforma de la Constitución de la República, como un estado «laico» -que en Uruguay quiere decir «sin religión»-, con una frente impronta anti - clericalista tal vez comparable (cada una con sus matices) con la experiencia de México o la de Francia. El presidente jurará cumplir los deberes de su cargo ya no «ante los Santos Evangelios que con mi mano toco», sino «por mi honor». Es así que se da un complejo pero veloz proceso, que culmina con la separación de la Iglesia del Estado.

Esta situación, leída en un primer tiempo como una desgracia, llegará a comprenderse como una gracia de libertad, de pobreza y no-poder, aunque también de riesgo. Una situación no buscada, pero que nos acercaba a una actitud más evangélica como comunidad eclesial. Con todo, la pertenencia a la Iglesia católica irá quedando relegada a una forma de vida religiosa interior y «privada», que en realidad puede comprenderse como «en sintonía» con el individualismo que se va consolidando en la primera mitad del siglo XX, resultado una sociedad «moderna», europeizada, concentrada en la capital y mirando siempre al ultramar (Europa). Es así que Uruguay, «la Suiza de América», es diferente al resto de los países latinoamericanos en muchas cosas, y también en su vivencia de la re-

ligión. La conciencia de ser un país «a la europea» crecerá en los años '50, momento de mayor prosperidad del país en el siglo XX.

Estas características irán cambiando: económica y socio-políticamente, Uruguay comienza en la década de los '60 un rápido proceso de empobrecimiento y dependencia que lo irá acercando al resto de los países latinoamericanos.

Llegado el período militarista (la dictadura militar comienza en 1973) la Iglesia es percibida por el común de la gente (después de más de cincuenta años de anticlericalismo sistemático, la «gente común» era no católica, lejana de la vida de la comunidad eclesial) como uno de los más importantes espacios de gestación de realidades alternativas (casi el único), llegando a ser una de las instituciones con mayor credibilidad de la sociedad uruguaya. Hay un acercamiento novedoso de la Iglesia a la sociedad uruguaya y un cambio importante en cómo la Iglesia es percibida por la gente, ciertamente como mucho más cercana a la vida del pueblo.

Es así que la recepción del Concilio encuentra tierra fértil porque la Iglesia uruguaya en general, y montevideana en particular, está conformada por gente poco ligada a los privilegios de la religión (en comparación con otras experiencias latinoamericanas), y más laical en su búsqueda del reino de Dios y su justicia: son pocos los que, entre nosotros, luchan por un puesto en los mejores sitios eclesiales. Como ser católico en Uruguay es ser «de segunda» en lo social, el llamado del Concilio a valorar la dignidad y el trabajo humano (sea de católicos o no) fue una buena noticia que fácilmente encontró eco y resonó fuerte porque decía a la gente de parte de la Iglesia aquello que ya ardía en su corazón.

En cuanto a la experiencia de las CEBs, nota distintiva de la pastoral latinoamericana, también tenemos nuestro propio proceso en esos años primeros. Me refiero a que casi todas las experiencias latinoamericanas de CEBs son rurales y muchas surgen y se mantienen luchando su lugar en la Iglesia, muchas veces «convirtiendo» a la jerarquía a esta experiencia. Sin embargo en Montevideo en particular y en casi todo el país en general, se da una de las pocas experiencias de CEBs en un medio que es casi en su totalidad urbano (llamados al principio «Grupos de Reflexión», luego «Grupos de Revisión de Vida», más adelante «Pequeñas comunidades» o «Comunidades Eclesiales de Base»). De algún modo, esta característica condice con el modo de autoperibirse la sociedad uruguaya: centrada en las ciudades, alejada del campo, sin cultura campesina ni un campesinado organizado y con identidad clara.

Miremos los *Grupos de Revisión de Vida* montevideanos: ellos nacen con la influencia grande de la Acción Católica Especializada y el «método Cardijn» (ver-juzgar-actuar), recogiendo de esta tradición la conformación no en función de la edad o el sexo, sino del «ambiente» en el cual realiza cada uno de sus integrantes el «apostolado».

Además, los «cuadros» de la Iglesia montevideana (sobre todo la JAC, JEC, JIC, JOC y JUC), además del aporte de sacerdotes notables y de experiencias de encuentros, peregrinaciones, campamentos, reflexiones en lugares «laicos» como los gremios estudiantiles y obreros, se beneficiaron indirectamente de toda la

infraestructura del Secretariado conjunto para América Latina del Movimiento Internacional de Estudiantes Católicos (MIEC-Pax Romana) y de la Juventud Estudiantil Católica Internacional (JECI) que tenía en esos años sede en Montevideo<sup>1</sup>.

## 2. *Primera etapa: la primavera y el verano*

En la segunda parte del siglo XX en Uruguay en general, y en Montevideo en particular, se va conformando con toda conciencia una Iglesia que, buscando superar el esquema de la Acción Católica (o más en general, de movimiento), propone *un estilo a la misión* de la Iglesia (el del testimonio en el trabajo con otros en la preparación de la venida del Reino) y *un método para esa misión* (la Revisión de Vida). La Revisión de Vida, unida a la Pastoral de Conjunto, se muestra en sintonía con los planteos conciliares que querían consolidarse<sup>2</sup>.

La propuesta de la Revisión de Vida no se limita sólo a un método para los grupos, intercambiable con otros métodos... Es una *propuesta para vivir la fe* con consecuencias en la organización pastoral y la formación en general (de laicos y sacerdotes). Bajo el impulso del Concilio se intenta recuperar una fe integral, entendida como seguimiento de Jesucristo, comprometiendo en un solo movimiento lucidez, voluntad, afectos, relaciones con los demás y opciones concretas en la vida familiar, social y política.

El acento comunitario es remarcado una y otra vez, sobre todo en lo referido a las decisiones tomadas desde la fe y las consecuencias de estas decisiones. Así como el individualismo se opone a la propuesta comunitaria, el adoctrina-

---

<sup>1</sup> Desde 1966 juega un papel renovador la instalación en Montevideo del Secretariado Conjunto para América Latina del Movimiento Internacional de Estudiantes Católicos (MIEC-Pax Romana) y de la Juventud Estudiantil Católica Internacional (JECI), que, aunque influye en círculos reducidos, permite el contacto directo con los procesos de otras Iglesias del continente, favorece el pasaje de militantes y teólogos de lo que luego se conocería como Teología de la Liberación, y alimenta a cierto público con sus publicaciones, las primeras que acercaron a lectores uruguayos trabajos de teólogos brasileños, argentinos, chilenos, peruanos. De hecho, el pequeño escrito en el que G. Gutiérrez planteó su inicial núcleo de ideas sobre una teología de la liberación («Hacia una teología de la liberación»), tuvo su primera edición en Montevideo, en 1968, en el «Servicio de Documentación MIEC-JECI». En ese mismo ámbito, surgió la revista *Vispera*, experiencia laical de mucha influencia hasta inicios de los 70 en toda América Latina.

<sup>2</sup> Para comprender mejor las raíces históricas y algunas características particulares de los Grupos de Revisión de Vida montevidianos y su relación con la Acción Católica, hay bibliografía abundante, sobre todo de los últimos veinte años. Ver por ejemplo DABEZIES, P., «Parroquia: comunidad de comunidades (un itinerario montevidiano)»: *Soleriana* 6 (1996) 259-300; del mismo Dabezies, muchas reflexiones en conferencias, charlas, encuentros. Además, y sin pretender agotar la lista, ZUBILLAGA, C., CAYOTA, M., *Cristianos y cambio social*, Montevideo 1982 3 tomos; Cuadernos serie desde el sur, *Comunidades de base Uruguay 1982-1988*; BAZZANO, D., VENER, C., MARTÍNEZ A., CARRERE, H. *Breve visión de la historia de la Iglesia Uruguaya*, Montevideo 1993; DA COSTA, N., KERBER, G. MIERES, P. *Creencias y Religiones: la religiosidad de los montevidianos al fin del milenio*, Montevideo 1996; CAETANO, G. RILLA, J., *Historia Contemporánea del Uruguay, de la colonia al MERCOSUR*, Montevideo 1994; DA COSTA, N. «El catolicismo en una sociedad secularizada: el caso uruguayo»: *Revista Ciencias Sociales y Religión*, 1, Porto Alegre 2000; GONZÁLEZ, C., *La construcción de la identidad uruguaya*, Montevideo 2001.

miento como «imposición de verdades» se opone al discernimiento. El *discernimiento cristiano es comunitario* y lejano del solo ejercicio racional. Sólo desde la experiencia de la fe se discernen las cosas de la fe y sólo en comunidad se cree en Jesucristo.

Es desde esta convicción que aparece la propuesta de las pequeñas comunidades, no sólo como una opción metodológica, sino como el modo de concretar la vida cristiana. La opción no será entonces simplemente por los grupos, sino por la vida coherente con nuestra fe que es comunitaria.

### ***a. La pastoral de conjunto y la formación***

Otro aspecto de la dimensión comunal de la fe es el de la «entrega» (tradición) a las próximas generaciones. Como entrega de la tradición se comprenderán los planteos formativos de la diócesis: la formación de la fe no se limita a una lista de recetas, normas o sólo doctrinas, sino que se trata de infundir a las nuevas generaciones *el espíritu que inspira el trabajo pastoral*. Y, como la fe está unida a la vida, la formación de la fe no puede ser separada de ella. Así hay siempre dos niveles -conocimiento y vivencia, descubrir y asumir- que van siempre unidos.

Con esto, se plantea una premisa: *la pastoral de conjunto* es uno de los vehículos que pueden transmitir este espíritu y ayudar a crecer en la fe. La organización pastoral es un elemento fundamental en el proceso formativo, la Iglesia toda es el primer agente de formación, con su misma vida, con la puesta en acto de su ser sacramental, expresado en instancias de comunión y participación.

Como el camino de fe es de permanente *conversión*, también la formación se comprende desde la misma dinámica (de conversión). La profundidad de la formación se manifiesta de maneras diversas, pero siempre relacionadas con actitudes de vida. Una de las «reglas» para medir esta profundidad es el grado de responsabilidad y participación con que se vive en la comunidad diocesana, parroquial y la pequeña comunidad. Dice en 1973 don Carlos Parteli, Arzobispo de Montevideo en el inmediato post-Concilio:

*Es claro que hoy ninguno de nuestros militantes se resigna a ser un simple número computable en los censos, sino que todos se sienten miembros de la comunidad y todos quieren, de alguna manera, asumir la parte de responsabilidad que le corresponde según sea el lugar que ocupan*<sup>3</sup>.

Por eso los lugares privilegiados de formación serán los espacios de comunión y participación: la pequeña comunidad, los Consejos Parroquiales y Zonales, el Consejo Pastoral Arquidiocesano. Hay también instancias formativas más «académicas» (el Instituto Teológico del Uruguay) y otras más «pastorales» (el Oficio Catequístico Arquidiocesano, Seminarios para laicos, Seminarios de Pastoral Juvenil, Instituto Nacional de Educación Litúrgica), pero siempre en la conciencia que *la vida de la Iglesia, comunitaria, diocesana, pastoral, es lugar de creci-*

---

<sup>3</sup> *Plan de acción pastoral* (1973), presentación del Arzobispo.

*miento y profundización en la identidad del católico comprometido en el proceso de cambio de las estructuras.*

Además, casi todos los planteos formativos eran comunes para todos: laicos y laicas, seminaristas, novicios y novicias, religiosos y religiosas, sacerdotes... *Todos en los mismos cursos, no diferenciando «niveles» de formación.* En esas instancias, además de aprender, se crecía en la capacidad del trabajo en común, en equipo y en la discusión llana se hacía el ejercicio de ponerse todos de acuerdo. Para los consagrados y futuros consagrados significaba un laboratorio de la Iglesia que se quería forjar de tal manera que lo que se aprendía se trataba de vivir. Para los laicos y laicas, era la experiencia que «el padrecito» o la hermana son de carne y hueso, pueden aprender junto a mí (¡y de mi aporte y experiencia!) y no lo saben todo.

### ***b. Formación y grupos de Revisión***

Entre todas, la pequeña comunidad es la instancia pedagógica por excelencia para educar la fe. A pocos años de comenzado este camino, ya está consolidada la opción por el método de ver-juzgar-actuar y los grupos. Se encuentran afirmaciones (que al inicio del camino podían parecer teóricas) concretadas en opciones pastorales, pedagógicas y organizativas: el cristiano realiza su vida en Iglesia en la medida en que es capaz de encontrarse con otros cristianos en un pequeño grupo, donde descubre y vive el amor fraternal y el compromiso en la acción diaria. No es una experiencia homogénea, pero el de las pequeñas comunidades es un camino claro, alcanzable y comprobado; son, sobre todo, el lugar donde se puede revisar junto con otros la profundidad y coherencia del pretendido compromiso, o sea, un espacio de discernimiento. Se dice en 1980:

*Es en el grupo, en la comunidad eclesial, donde el laico, junto con otros laicos revisa su compromiso transformador; vivencia la realidad humana en la que se encuentra como situación de gracia o de pecado, de afirmación del Plan de Dios o de su negación. Es en la comunidad donde el laico descubre y reafirma ese compromiso que es respuesta al Señor que nos llamó a colaborar en la construcción del Reino junto con todos los hombres<sup>4</sup>.*

Como ya se mencionó, la centralidad de los grupos en la pastoral de la Iglesia no exonera al cristiano de otras instancias formativas, ni de una necesidad de sistematizar la experiencia que se estaba teniendo para poder transmitirla y evaluarla. Es necesaria la capacitación, pero no para adquirir conocimientos para sí mismo, sino para acompañar y enriquecer la vida de las comunidades.

### ***c. La participación es formativa, la formación debe ser participativa***

La pastoral en Montevideo se desarrolló con un claro perfil pedagógico y educativo al interno de la Iglesia, en el esfuerzo de incluir el mayor número de

---

<sup>4</sup> Programa de trabajo a partir de las aplicaciones del Plan Nacional en la Arquidiócesis de Montevideo (1980), 1. Fundamentación

cristianos en el proceso de renovación de mentalidades para el compromiso. Se opta por el método *concientizador y liberador* que sintonizaba perfectamente con la Revisión de Vida en los grupos.

*Esta línea temática deberá acentuar en este año próximo [1971] dos aspectos: la tensión persona-masa relacionada con la acción política de los uruguayos y la educación como instrumento personalizador. El primer acento busca ayudar a integrar la dimensión política de la vida de la comunidad, para que sea una forma privilegiada del amor, señalando los condicionamientos que obstaculizan ese fin. Se evitará en todo caso que la reflexión se encauce en la discusión de opciones políticas partidarias. El segundo punto, intenta situar las limitaciones de las diversas formas educativas de nuestra comunidad, buscando la superación a través de una educación que concientice y libere<sup>5</sup>.*

Aquí, junto con la influencia ya mencionada de la Acción Católica especializada, en especial la JOC y la JEC, debemos evocar también la influencia del pedagogo brasileño Paulo Freire, que, primero en la Conferencia Episcopal de Brasil y luego en la Conferencia de Obispos en Medellín, ofrece su aporte que se oficializará más tarde en Puebla con dos expresiones: «Educación evangelizadora» y «Evangelización liberadora». Toda esta reflexión pedagógica tiene influencia en la línea formativa de la pastoral montevideana. La participación, el diálogo y la presencia de la realidad en el proceso formativo, son las ideas-fuerza en la formación.

También se busca integrar el mayor número de hermanos y hermanas en el proceso de elaboración de las opciones diocesanas, en la convicción que el proceso es tan importante como la meta: para la elaboración de un plan cuyo objetivo es la comunión se intenta generar un proceso participativo, de modo que lo que se busca como fin se viva ya en las etapas previas. Se dice en 1980:

*El aporte de todos los agentes pastorales en la confección y realización del Plan Pastoral, su presencia, su opinión, su esfuerzo han sido fundamentales para lograr un espíritu común en todos los pasos previos dados y consecuentemente, para la posterior acción conjunta de todos los objetivos, etapas e instrumentaciones pastorales que se señalen. (...) Que los Pastores y Agentes Pastorales hagan lo que esté a su alcance para que el Pueblo de Dios asuma como propio todo lo relacionado con el presente Plan Pastoral. La corresponsabilidad ayudó a la confección y realización del presente Plan, y el Plan será también un medio para mejorar este espíritu de comunión en Cristo por la coparticipación de todos en la vida y misión de la Iglesia<sup>6</sup>.*

Como este proceso formativo tiene que ver con todos los ámbitos de la vida, todo momento en la vida del cristiano es formativo. Por eso, una vez más el testimonio (sobre todo de sacerdotes, religiosos, instituciones y templos) es una dimensión muy importante en este proceso formativo.

---

<sup>5</sup> *Plan pastoral* (1971), Sector Territorial, I. Línea temática.

<sup>6</sup> *Propuesta al proyecto del plan pastoral nacional*, (1980). Introducción.

*Queremos que todas las expresiones vitales del Pueblo de Dios sean educativas (...), y contribuyan eficazmente a la concientización de todos los niveles de la sociedad (...) el modo de vida sobrio y sencillo de los cristianos será un importante testimonio concientizador. Este testimonio adquiere singular importancia cuando lo dan los servicios calificados dentro del Pueblo de Dios tales como la Jerarquía, Sacerdotes y Comunidades Religiosas, Instituciones, Templos, etc.<sup>7</sup>.*

Se trata, entonces, de una *formación para el testimonio con prioridad en la acción*. Hoy tal vez la llamaríamos «experiencial», aunque este término no aparezca en los documentos.

Sólo como ejemplo quiero evocar la invitación para un seminario para sacerdotes al principio de estos cambios que traía el Concilio. Allí se podía leer que el inicio de la misma era una propuesta de trabajo acerca de los condicionamientos que se podían presentar en los días de encuentro. Además, se explica, se lo llama «seminario» y no «curso» o «cursillo»: en los días de seminario se intentaría profundizar en el significado de los cambios, las renovaciones y sobre todo el espíritu que animaba estos cambios, y se había entendido necesario *hacer la experiencia de este nuevo espíritu* pues no era solamente una cuestión racional o intelectual.

La propuesta incluye el hecho del disfrute del encuentro con el hermano, por eso se insiste en disponer de tiempo «libre» a la noche como fundamental para discutir lo visto durante el día, conocer mejor cuál era la realidad de la que venía el hermano presbítero, o simplemente para jugar juntos baraja. En definitiva, hacer experiencia del principio de una pastoral de conjunto: vivir la Iglesia como comunidad de hermanos.

#### **d. La fe acompaña toda lucha que prepare la venida del Reino**

En este camino, se tiene la certeza que la lucha por la liberación no es tarea exclusiva de los cristianos. Era experiencia común encontrar compañeros de camino que compartían el mismo ideal de una humanidad hermanada. Así se introduce otra importante dimensión de la vida de fe: descubrir existencialmente que «quien no siembra, desparrama», y así como se busca la comunión «*ad intra*», se intenta unir voluntades «*ad extra*» en torno a la misma utopía de fraternidad. Pero no aceptando pasivamente todo lo que el otro hace o dice, sino encontrando al otro desde la propia identidad y discerniendo por dónde sopla el Espíritu para secundar sus caminos (ilos del Espíritu!).

*En su homilía del día del lanzamiento del trabajo pastoral (24/III/80), el Arzobispo, luego de fijar nítidamente los objetivos de la evangelización y determinar sus caminos: la Pastoral de Conjunto, la Comunidad y la formación de agentes pastorales, recordó la importancia de conocer al hombre en su situación, y señaló las opciones particulares y las notas que habrán de caracterizar el trabajo pastoral del año. Confiemos que, dentro de este marco, nuestro servicio fraterno, nuestro testimonio auténtico y nuestro anuncio explícito del Señor Jesús, resul-*

---

<sup>7</sup> *Encuentro socio-pastoral* (1969), Opciones pastorales, 4. Concientización y educación.

*ten verdaderamente significativos en la coyuntura actual de nuestro pueblo y en las vidas concretas de nuestros interlocutores, destinatarios del mensaje que proclamamos. Queremos convocar a la fe e invitar a incorporarse a la Iglesia a todos nuestros hermanos de Montevideo; queremos, como Iglesia, ayudar a construir un país digno del hombre, para todo nuestro pueblo, porque ésa es la voluntad de Dios; queremos ser mensajeros de esperanza<sup>8</sup>.*

Es un trabajo pastoral que busca ser significativo en lo concreto cotidiano, ayudando a construir un país digno del hombre porque ésa es la voluntad de Dios. Tarea hecha con otros –tantas veces no-cristianos–, buscando y construyendo condiciones dignas para todos. Como se mencionó, partir de la propia identidad es otro de los principios para la evangelización junto con la prioridad de la vida cotidiana donde se da el encuentro de salvación que anunciamos. Dice mons. Parteli:

*Somos conscientes de que lo específico de nuestro «ser» cristiano, lo que define nuestra identidad cristiana, es nuestra fe en Jesucristo, nuestra fe en la persona Viviente, Presente y Actuante de Jesucristo, y no sólo la adhesión a la doctrina de un maestro de la antigüedad (...) Testimoniemos esta fe no sólo con palabras sino también viviéndola, encarnándola en nuestro vivir cotidiano, en nuestras actitudes, nuestras relaciones, de modo que ella se transparente en nuestro modo de ser y de actuar. Seremos levadura en la medida en que nuestra presencia en el mundo signifique algo y haga algo<sup>9</sup>.*

La tarea será brindar herramientas para reconocer la presencia de Dios actuante en la misma vida. No se trata de agregarle nada a la vida misma, sino descubrir a Dios ya presente en ella. Lo primero es el Espíritu, que haciéndose presente suscita cristianos, la institución viene después.

*Con el propósito de ayudar a todos en el desempeño de su tarea pastoral, les enviamos estas orientaciones, «aplicaciones del Plan Pastoral Quinquenal». No quieren ser normas superpuestas a la experiencia cotidiana del cristiano y su comunidad eclesial de base. Quieren ayudar a reconocer la presencia y la acción del Espíritu del Señor que se manifiesta en quienes están comprometidos en el seguimiento de Jesucristo, en el proceso de nuestras comunidades y aún en la experiencia de quienes no comparten nuestra fe. (...) [Será] un instrumento que estimule el descubrimiento de los dones y desafíos que el mismo Espíritu suscita en cada uno, y un motivo más de compromiso con Él.<sup>10</sup>*

El reconocimiento de la *presencia y acción del Espíritu dentro y fuera de la comunidad eclesial*, es lo que permite identificar el proceso de la fe con el de la conversión. Como la fe es el conocimiento que nace de un encuentro gratuito, los contenidos de fe no son un «objeto» dado una vez para siempre, sino la narración de acontecimientos que permiten profundizaciones siempre parciales de la verdad una vez aceptada.

<sup>8</sup> *Plan diocesano* (1980), II. Caminos que guiarán la pastoral diocesana. Destacados míos.

<sup>9</sup> *Homilía del lanzamiento del Plan pastoral* (1980), Qué pretendemos.

<sup>10</sup> *Desarrollo del Plan Pastoral Nacional en la Arquidiócesis*, (1981), Introducción.

La expresión de la fe es el relato de la historia de ese encuentro con el Resucitado. Llevar la fe a la vida es un camino fatigoso y lento, más lleno de oscuridades que de luz, siempre en movimiento. Poco a poco vamos apropiándonos del «conocimiento de la fe»: *saber* que hay un sentido en este camino de la vida, el de la comunión con Dios, la vida plena.

*La elevación de la gracia es la dimensión más profunda de la historia humana. La gracia no lleva a vivir «otra vida», sino esta misma enriquecida con la plenitud de la comunicación de la vida divina que enriquece especialmente la confraternidad humana. La fe le enseña que la profundidad última de la existencia humana es Dios quien, gratuita y amorosamente, ha querido ser su sentido, su consistencia y su plenitud<sup>11</sup>.*

La fe no es algo que se tiene, como cualquier objeto, o que se pierde o se puede olvidar, o algo de lo que podemos desentendernos sin consecuencias para la propia vida. Si la fe es fruto del encuentro gratuito en la vida cotidiana con Dios que nos amó primero, la vida de fe es la vida misma que, en el encuentro con Jesucristo se eleva a ese otro plano existencial. Ya se decía en el '69:

*La fe no es (...) una noción de historia o de geografía, que podemos evocar en determinados momentos. Ella es algo más vital, integra nuestro ser como un compromiso permanente, y por eso ha de hacerse presente y operante en cada momento y en cada actitud nuestra. (...) Por eso la fe ha de ser proclamada y vivida en lo íntimo de la vida ordinaria, de la vida temporal<sup>12</sup>.*

La fe puesta en obras se convierte en anuncio de la plenitud de la existencia humana en la comunión de los hombres entre sí y de la humanidad con Dios. Este anuncio surge de la certeza de la comunión, y se convierte en obras que acompañan las palabras -en el mismo estilo del Maestro-, que le den credibilidad.

*La misión específica de la Iglesia es la de llevar a todo el hombre y a todos los hombres a la comunión de vida con Dios. No se trata entonces de hacer «cosas» sino de darle un sentido a la vida. Las cosas, las obras de la Iglesia, valen tan sólo en la medida en que sirven para esta comunión con Dios<sup>13</sup>.*

La fe operante se traduce en una Iglesia organizada, misionera, portadora de esperanza con signos del Reino de Vida al que estamos llamados. La evangelización es consecuencia de nuestra conversión al Dios de Jesucristo en el encuentro con los hermanos. Por eso, la misión de la Iglesia es alimentada e impulsada por esa fe, preparándonos a esa comunión a la que somos llamados no solamente «en el cielo», sino que ya vislumbramos en la tierra y que nos lleva a un compromiso con las «cosas de la tierra».

---

<sup>11</sup> *Plan pastoral* (1972), 2.4. Gracia-naturaleza.

<sup>12</sup> *Encuentro socio-pastoral* (1969), Reflexión teológica de la realidad, 10. Fe y realidad.

<sup>13</sup> *Plan de acción pastoral* (1973). Presentación del Sr. Arzobispo Carlos Parteli.

*e. En resumen, en esta primera etapa...*

A mi juicio, la recepción del Concilio en Montevideo en el primer período señalado tiene dos ejes principales en torno a los cuales se estructura la vida de la diócesis: la pastoral de conjunto y la promoción (formación) de los laicos.

En la *pastoral de conjunto* hay que destacar la creación de Grupos de Revisión de Vida (luego Pequeñas Comunidades y Comunidades Eclesiales de Base) como clave de bóveda de la propuesta post-conciliar en Uruguay. Ellos son por excelencia espacio de formación y nivel primero de participación en la vida de la Iglesia diocesana.

*La promoción de los laicos* se concretiza en diversos aspectos de la vida de la Iglesia, en particular en la participación en las instancias de discernimiento pastoral (asambleas diocesanas, encuentros socio-pastorales) con voz y voto, con aportes cualificados que marcan rumbos en la vida de toda la Iglesia. La palabra del Obispo y los Planes Pastorales, recogen lo que surge del largo y lento proceso de participación que comenzó en la vida de las Pequeñas Comunidades.

Es en la promoción de los laicos donde ubico la *formación* implementada en este primer período. A nivel primario y de modo imprescindible (porque si falta este nivel todo lo demás se vacía de contenido y cae en un intelectualismo hueco), en *los grupos de base*; también en *los organismos de comunión y participación*, donde no sólo se coordina el trabajo pastoral, sino que el mismo ejercicio del discernimiento pastoral es ocasión también de crecimiento personal y comunitario.

Otra es la formación que atraviesa todos los estamentos de las diócesis. El *Oficio Catequístico Diocesano* instancia formativa para laicos, seminaristas, novicios y novicias, religiosos y religiosas, sacerdotes... *Todos en los mismos cursos, no diferenciando «niveles» de formación.* Se crecía así en el trabajo en común, la discusión llana y el ponerse de acuerdo todos.

A otro nivel, el *Instituto Teológico del Uruguay* ofrecía diferentes posibilidades de formación teológica: bachillerato en teología, incluyendo los años previos de filosofía, no eran exclusivos para los candidatos al sacerdocio sino para todo el que quisiera y pudiera. Se cuenta en clase siempre con alumnos laicos y laicas y varias religiosas junto con los seminaristas. El efecto era el mismo a lo explicado anteriormente: además de aprender filosofía y teología, se ponía en práctica la Iglesia-comunión que se quiere alumbrar. También se ofrecían otras propuestas formativas, en otros horarios y con menos carga horaria pero con gran seriedad en la propuesta formativa. Muchos laicos y laicas (y todos los diáconos permanentes de la diócesis) pasaron por estos cursos permitiendo que el aporte luego en las comunidades parroquiales o en su grupo de base fuera de una profundidad mayor.

Además, los llamados *Seminarios de pastoral*, fines de semana formativos por los que se pasaba si se era miembro activo de una comunidad parroquial. Eso permite una base mínima, un conocimiento personal con los integrantes del Coordinador Pastoral y un lenguaje común que dinamizó por muchos años la vida diocesana. La misma experiencia se repite por años en la Pastoral Juvenil.

El crecimiento fue sostenido por unos quince o veinte años dependiendo de las diferentes áreas pastorales a las que observemos. Hubo figuras de laicos notables, además del apoyo cuidadoso y fraterno de un número importante del presbiterado uruguayo que, formados en el pre-concilio muchos y otros en el post-concilio, tenían «la camiseta puesta» de los cambios que se gestaban. Se deja ver en los documentos de la época la conciencia de que, aunque la prioridad son los laicos, mucho tienen que ver lo que hagan o no los sacerdotes, reconociéndose como los que dinamizarán o dificultarán los cambios posibles. En todo ese tiempo se intentó (aunque no homogéneamente) transmitir no sólo «la letra» del Concilio, Medellín y Puebla, sino también «el espíritu».

## ***1.2 Segunda etapa: el invierno, que prepara para una nueva primavera***

En estos días que corren, comenzados entre los '80 y los '85 y cristalizándose en el final del milenio, la situación no es tan propicia para los cambios iniciados otrora. No me detendré a analizar las causas de esta situación, simplemente decir que mucho de lo que se hizo (tal vez vivido como definitivo, grave error táctico) fue en realidad preparación heroica de lo que todavía está por venir.

La primera etapa del Concilio (Juan XXIII y Pablo VI) contó con hermanos y hermanas que a partir de la fe comprometieron su vida con la de sus hermanos más pobres buscando construir una sociedad más justa e integrada. En estas jornadas teológicas estamos celebrando la vida de muchos de ellos. En la segunda etapa esa forma de vida se marginó, aunque no dejó de existir. Muchos hablan de «dos modelos de Iglesia», expresión que puede ser ambigua porque puede llegar a plantear más que «modelos», casi que «Iglesias» diferentes... y tenemos que afirmar hoy más que nunca que todos somos Iglesia, no queremos (¡ni podríamos!) refundar la Iglesia porque creemos en la Iglesia-Pueblo-de-Dios, todos formando parte y todos con su servicio en la comunidad.

Hoy vivimos situaciones novedosas y diferentes, que nos pueden llegar a desubicar, gracias a las cuales es más fácil percibir cómo surgen otras dimensiones de la vida de la fe y de la misma liberación que hasta el momento no aparecían tan evidentes, que siguen creciendo y se afianzan a partir de lo marginal y consolidan elementos que anteriormente eran sólo mencionados «con temor y temblor».

Muchos son los ejemplos de esto, se me ocurren tres de los más mencionados y evidentes, que vemos en muchos lados y que podemos también encontrar en Uruguay: la revalorización de la interioridad del sujeto y la eco-teología (o la teo-ecología) y en general con todo el movimiento que busca integrar lo diverso como lugar teológico (por cierto, es una integración no-pacífica aún en las filas «liberacionistas» porque hay mucho miedo a lo diferente y a lo no «clasificable»).

Hay otro elemento nuevo en nosotros, uruguayos católicos. Se trata de la nueva situación eclesial que vivimos desde hace unos años, que podemos definir de desamparo que nos sitúa con dolor y con una cierta sensación de «traición a la

causa», poniéndonos fuera de la oficialidad. Tal vez sería interesante escuchar, el aporte desde la psicología y la psicología social que nos ayudara a analizar que estar fuera de la oficialidad, aunque esto nos suene a «ser clandestinos», no nos hace clandestinos de ninguna manera.

Estamos creciendo en nuestra conciencia de ser parte del Pueblo de Dios y de reconocer que hasta ahora producíamos hechos eclesiales acompañados por las propuestas oficiales de la diócesis... hoy no, pero eso no le quita la calidad evangélica a lo que podamos generar. Claro, hay menos alcance, hay más confusión, hay más desperdicio de medios humanos y materiales. ¡Pero no somos sólo nosotros (ni la jerarquía) quienes conducimos la marcha de la Iglesia!

Creo firmemente que este es un signo de los tiempos que nos pide un paso de humildad y de confianza al Único Conductor de la comunidad y además nos podría permitir mirar a *lo que no es como nosotros* como posibilidad de crecimiento. No que lo diferente a lo nuestro sea lo correcto y nosotros nos equivocamos, sino que sólo *entre todos* crecemos de verdad, sólo así es evangélico.

Se conjugan muchos factores en este proceso. En nuestra experiencia uruguaya, un elemento es que en un momento, y por razones complejas de describir ahora en estas pocas páginas, la jerarquía deja de formar parte del proceso que antes promovió. Esto liberó a dicho proceso de una cierta autoridad incuestionable y de un poder que no permitía alternativas y ciertas revisiones porque podían sonar a «disidentes» (u otras acusaciones peores: «burguesas», «desmovilizadoras», o cosas así) y nos obliga a crecer, como decía, en humildad y libertad, en confianza en el Espíritu que nos impulsa y necesidad de integración de todos los matices.

Otro factor es que, como en todo el mundo, la globalización puso en evidencia y en asunto la diversidad. Nunca antes hubo una defensa de la diversidad como en esta era de la globalización. Antes, *la homogeneidad* era el fin perseguido y nuestro país es un ejemplo, túnicas y moñas para todo el mundo en la escuela primaria para esconder lo diverso, obligación de no dar color a los edificios públicos para limitar lo diferente y que resalte, y tantos otros ejemplos. También en la Iglesia se vivía así esta tendencia. Era difícil plantear «otras» cuestiones y seguir formando parte de la propuesta eclesial diocesana. Hoy ya no es así.

Brevemente, me gustaría advertir acerca de dos posibles actitudes que no nos ayudarían a crecer en este interesante proceso que me aventuro a señalar como naciente. Una es la *ingenuidad* y la otra es la *irresponsabilidad*.

### *Ingenuidad*

Para poder explicarme, señalo el extremo de esta actitud que luego matizaré. No creo que nadie se sienta reconocido en este extremo, sino que lo señalo para poder explicar una mentalidad que puede atentar contra nuestra esperanza. Me refiero a la actitud que, tal vez heredada y re-convertida de la etapa anterior, acriticamente puede por un lado aceptar *todo lo nuevo como positivo* (sobre todo lo referido a lo tecnológico y en particular a los medios de comunicación o el

marketing) o que *continúa el «mito del eterno progreso»* tan típico de la modernidad que va quedando atrás.

Habitualmente nos impresionan las posibilidades que se abren en este siglo XXI y eso está bien, porque en el espíritu de GS 44 miramos la cultura actual y nos dejamos «enseñar» por ella, reconociendo que muchas cosas no sabemos... Pero, como se dice en nuestra campaña, «no podemos tirar con el agua del baño el niño que estábamos bañando en ella». Es necesario reconocer que en el inmediato post-concilio hubo muchas veces como un exceso de confianza en nuestras posibilidades como humanidad que anunciaban una Nueva Humanidad que nunca llegó. Necesitamos afianzar una *esperanza realista* que sabe que, como decía ya Rovira Bellosillo en 1985,

*no está escrito que la humanidad haya de gozar necesariamente y de una manera continuada de buenos gobernantes humanistas que canalicen a favor de todos las conquistas de la ciencia y la técnica, ni tampoco que el ateo haya de ser necesariamente el «honesto ateo»: tanto a los cristianos como los ateos nos cuesta enormemente mantener la fidelidad a la justicia, al amor, a la verdad en concreto (esa es nuestra condición de pecadores) (...) Tampoco puede afirmarse que la historia haya de pasar necesariamente por una serie de finales felices, incluyendo la necesidad de la salvación última para todos como si también ésta fuera algo automático y que nos es debido, el «final feliz» es fruto de una entrega personal y valiente, a la cual se la puede llamar «cruz», instrumento de vida que achica el mal del mundo a través de una lucha solidaria, personal, libre. No a través de una «necesidad automática de la naturaleza»<sup>14</sup>.*

Gracias a la dura crítica de la post-modernidad, hemos aceptado esta ingenuidad y hoy ya nadie la sostiene. Pero podemos caer en una re-edición de esta actitud con la conclusión de que «no sabemos hacer las cosas» porque supuestamente nos salieron mal y que para hacer bien las cosas hay que hacer como hace la televisión, buscando encuentros masivos, sólo impactos emocionales y cosas por el estilo. No perdamos la originalidad de la propuesta evangélica, no podemos perder de vista a los pobres, a los medios pobres, a la capacidad de sacrificio como valor. Sin caer en obligaciones venidas desde un «deber ser», hay que seguir afirmando algunos principios irrenunciables.

### ***Irresponsabilidad***

Me refiero a elegir, por las razones que sean, *no asumir el papel que irrenunciablemente debemos vivir todos los integrantes de la Iglesia*, puesto que sigue siendo cierto que lo que nosotros no hagamos, nadie lo hará. Ante el conflicto, una tendencia generalizada es apartarse, encerrarnos en nuestro mundo, dejar hacer a otros mientras no se interponga en mis intereses. Lo vemos desde actitudes en el tránsito, con la basura de nuestras ciudades, en la familia, con

---

<sup>14</sup> ROVIRA BELLOSO, J.M., «Significación histórica del Vaticano II», en C. FLORISTÁN - J.J. TAMAYO, ed., *El Vaticano II, veinte años después*, Madrid 1985, 17-46, 31.37.

los amigos, en lo social en general, en la política, en la Iglesia y en tantas otras cosas.

Es imprescindible ver el conflicto en su dimensión positiva: del discurso neo liberal, hemos escuchado tantas veces que todo problema representa una oportunidad, y además que quien plantea un problema y no plantea ninguna línea de salida, es parte del problema. Estoy de acuerdo con estas afirmaciones, aunque no me alinee en el pensamiento neo-liberal. Creo que el conflicto actual ofrece una oportunidad de avance en la configuración de una nueva Identidad Eclesial. No que se de inexorablemente, sino que se abra una oportunidad. Depende de lo que hagamos nosotros con ella.

Hace poco, y de casualidad, llegó a mí un artículo de Juan Ignacio Ortega Gómez, sacerdote diocesano y psicólogo social mexicano, de la diócesis de Tehuantepec. Escribe Juan Ignacio acerca de las CEBs y de su situación «en el conflicto». Lo que él dice acerca de las CEBs lo podemos aplicar a nuestra situación eclesial actual en general. Lo que sigue está inspirado en su artículo<sup>15</sup>.

En una *visión dialéctica de la historia*, ya hemos dicho que al hablar de dos modelos de Iglesia no se está hablando de dos Iglesias, sino de una, sólo que con identidades históricas diferentes. El *modelo pre-vaticano* representa una tesis histórica de la Iglesia, como *momento de la institucionalidad*, mientras que lo que fue surgiendo en nuestras Iglesias luego del Concilio puede entenderse como manifestación histórica concreta de una nueva manera de ser Iglesia, representando el *momento instituyente*, antítesis del momento precedente, en contradicción con lo institucional. Aunque opuestos, *ambos momentos no son enemigos, sino que están encaminados dialécticamente a instituirse en una nueva identidad*, una nueva concreción histórica, *no la suma de ambos, sino una realidad institucional completamente nueva, «sintética» (en términos hegelianos)*.

Siempre está la negación y el intento de acallar la contradicción. En la Iglesia, como toda institución, tenemos experiencia de esta posibilidad y sabemos que siempre que ha sucedido así, el resultado ha sido el estancamiento y la petrificación. Cuando el movimiento de la Reforma, como otros movimientos, fue abatido por la inquisición, la institucionalidad se totalizó en sí misma y se cerró a la historia: se evitó un conflicto, pero la Iglesia se condenó a sí misma al totalitarismo y oscurantismo por un período largo de tiempo que sólo después del Concilio comenzó a sanar.

Por eso hoy me animo a decir que para que podamos avanzar hacia el Reino es imprescindible que nuestras contradicciones internas se mantengan en una dinámica renovadora, perseverante y martirial. En un espíritu de verdadera comunión, no en sumisión; movidos y sostenidos por la fuerza del amor. La práctica novedosa del inmediato post-Concilio está llamada a asumir el conflicto de manera tal que, en la dialéctica institucional, haga caminar a la Iglesia, aun a pesar de

---

<sup>15</sup> Juan Ignacio Ortega Gómez  
 , *Las Comunidades Eclesiales de Base  
 en el conflicto*

los procesos involutivos que pretenden perpetuar una identidad eclesial tridentina. Podemos dar vitalidad, novedad y vigencia al anhelo de una Iglesia más evangélica, más pobre, más servidora, asumiendo el conflicto a pesar de ser doloroso el proceso, en comunión con toda la Iglesia.

*Creo que estamos inaugurando una nueva edad profética, espontánea, improvisada, para la etapa institucionalizada.* Un movimiento profético que no alcanza a encarnarse en instituciones estables, se muere y desaparece. El conflicto eclesial actual debe entenderse como proceso de derrumbamiento de una identidad y el nacimiento de una identidad eclesial más acorde al Vaticano II, al evangelio. Iglesia pueblo de Dios, servidora, sencilla, comprometida con la justicia, la equidad, la vida plena con dignidad, integral y liberadora. En medio de intolerancias, incomprensiones y desapoyo, podemos perseverar en el objetivo fundamental: dar forma a una nueva identidad eclesial. La sabiduría y el discernimiento son fundamentales en este proceso. No se trata de llegar pronto y solos, sino todos y a tiempo.

No se trata de «refundar la Iglesia», como ya se dijo, sino en perseverar en las convicciones básicas, sin esperar el apoyo de la institucionalidad, ni la «conversión de la jerarquía» en el sentido de una alegre aceptación de «nuestra» propuesta eclesial porque hasta el momento no se había caído en cuenta en el valor que tiene la misma. Perseverar y ser pedagogos con todos, también con la institucionalidad que no acepta, no quiere, ni comprende. Construir Iglesia, comunidad, comunión en coherencia y con esperanza, resistiendo y proponiendo.

La práctica eclesial comunitaria, comprometida en la construcción de alternativas sociales, políticas, económicas y eclesiales ha sido la condición de posibilidad para el surgimiento de una reflexión teológica latinoamericana y es condición de viabilidad histórica para el surgimiento de una nueva identidad eclesial. Este es, a mi juicio, nuestra tarea irrenunciable: hacer del conflicto una oportunidad de avance eclesial, un acontecer cotidiano de gracia y redención.

### ***Conclusión de estas palabras***

La tarea que se nos presenta por delante es desafiante, esperanzadora y, paradójicamente, bastante clara en su demanda. El camino es, en definitiva, simple y claro: no se trata de inventar cosas totalmente nuevas, sino de *seguir haciendo lo que sabemos hacer* con confianza en el Espíritu que nos alienta a todos (los amigos y los detractores). Imitemos al Señor ante el bofetada del guardia en el juicio más injusto de la historia: «Si he respondido mal, demuestra dónde está el mal. Pero si he hablado correctamente, ¿por qué me golpeas?» (Jn 18, 23). -